

## Capítulo 244 - Después del descanso

Las dos semanas que siguieron fueron un período de recuperación, descanso y, en cierto modo, frustración para Vergil.

Aunque su cuerpo era increíblemente resistente, la Maldición Mortal que Spectro le había infligido no era algo que simplemente se desvanecería con el tiempo. Sepfiroti había logrado eliminar los restos de la energía maldita antes de que se extendiera por su sistema, pero las cicatrices dejadas por ese ataque requerían más que solo magia para sanar.

Su cuerpo estaba abrumado, lo que lo obligaba a disminuir la velocidad, algo a lo que no estaba acostumbrado. Después de todo, desde que se convirtió en demonio, Vergil había sido consumido por este mundo caótico y no había tenido un momento de respiro.

A pesar de su resistencia, Virgilio aceptó que necesitaba descansar. Por primera vez en mucho tiempo, pudo detenerse de verdad y disfrutar de su hogar, rodeado de sus esposas y fieles seguidores.

Katarina asumió un papel más directo en su recuperación, asegurándose de que no se esforzara demasiado y obligándolo a descansar cuando era necesario. Roxanne, Ada, Raphaeline y Stella también estaban siempre cerca, cada una contribuyendo a su manera, ya sea distrayéndolo conversando o simplemente haciéndole compañía.

El tiempo de inactividad forzado le permitió a Vergil disfrutar de cosas que rara vez apreciaba.





Los días transcurrieron apacibles, entre comidas bien preparadas, largos baños y momentos de ocio con quienes lo rodeaban. Incluso Viviane, que solía ser más reservada, estuvo presente, aunque de forma más contenida, claramente lidiando con sus propios sentimientos hacia él después de aquella... conmoción...

Zex e Iridia nunca perdieron la oportunidad de burlarse de ella, alentándola a acercarse, lo que siempre resultaba en expresiones de vergüenza y reacciones adorables de la joven maga.

Sin embargo, mientras Vergil disfrutaba de su recuperación, el mundo que lo rodeaba no se detuvo.

Paimon, quien había liderado la búsqueda de Spectro y sus generales, comenzó a enfrentar serias dificultades. Al principio, las huellas de Spectro y su grupo eran evidentes. Algunos lugares mostraban vestigios de su presencia, energía residual y señales de batallas u ocupación reciente. Pero con el paso de los días, todas las pistas parecieron desvanecerse.



Los demonios enviados por Paimon para cazarlos regresaron con las manos vacías, frustrados por no poder seguir un rastro sólido... o simplemente nunca regresaron. Parecía que Spectro había desaparecido por completo del mapa, y eso era un problema.

Que alguien tan poderoso y peligroso desapareciera sin dejar rastro no era buena señal. Con cada día que pasaba sin nueva información, Paimon se sentía más inquieta y su temperamento se volvía más inestable al darse cuenta de que estaba lidiando con un enemigo que sabía exactamente cómo borrar su rastro.

Mientras tanto, comenzaron a circular rumores por el submundo y entre otras razas. No solo eso, sino que los medios de comunicación humanos continuaron investigando lo sucedido ese día en Los Ángeles... hasta que la propia Interpol



tuvo que intervenir, mintiendo al público sobre una nueva amenaza terrorista para mantenerlo alejado de los asuntos sobrenaturales.

Sin embargo, el mundo sobrenatural aún conocía la verdad. Muchos especularon sobre los sucesos de Los Ángeles: la batalla entre Vergil, Seraphina, Lucian, Dante y Spectro.

El enfrentamiento había sido tan intenso que sus repercusiones se sintieron en múltiples lugares, generando preocupación y, en algunos casos, miedo. Algunas facciones comenzaron a actuar entre bastidores, intentando comprender qué estaba sucediendo realmente y cuáles serían los próximos pasos de cada bando.

Vergil siguió todo esto de cerca, incluso mientras se recuperaba. Aunque disfrutaba de su descanso, nunca dejó de monitorear los eventos, solicitando constantemente actualizaciones a Paimon. Sabía que este momento de calma era solo temporal. Spectro no había desaparecido por completo sin una razón, y Vergil estaba seguro de que regresaría en algún momento; y cuando eso sucediera, quería estar listo.



Vergil no había olvidado lo que Spectro le había hecho a Viviane, y nunca lo haría.

Aun así, consciente de las amenazas que lo rodeaban, Vergil no permitió que eclipsaran por completo su tiempo de descanso. Pasó tiempo con quienes lo acompañaban, disfrutó de sus comidas sin prisas, entrenó ligeramente para recuperar fuerzas poco a poco e incluso se permitió unos momentos de relajación, algo que no se había permitido en mucho tiempo.

Al cabo de dos semanas, estaba prácticamente recuperado. Su cuerpo estaba fuerte de nuevo, su mente ágil y su determinación inquebrantable. Sabía que su tiempo de descanso había llegado a su fin. Spectro seguía ahí fuera, tramando algo, y Vergil no tenía intención de esperar a descubrirlo.



La guerra estaba lejos de terminar.

—Entonces... ¿desapareció por completo? —preguntó Vergil, con la voz llena de incredulidad e irritación. Su mirada se fijó en la mujer, cómodamente sentada en un llamativo sillón rosa, como si la situación no fuera lo suficientemente grave como para borrarle la despreocupación del rostro.

Estaba en los dominios de Paimon, en lo profundo del inframundo, un lugar donde normalmente no le importaría estar. Pero esta vez, el ambiente no era ni divertido ni indulgente. No había venido solo. A su lado, Ada permanecía en silencio, con los brazos cruzados, observándolo todo con su mirada aguda y calculadora.

—Sí... nada —respondió Paimon con expresión sombría, señalando las numerosas pantallas repartidas por las paredes, cada una con diferentes ubicaciones del mundo—. ¿Todos los continentes de la Tierra? Nada.



Cambió las imágenes. "¿Los otros ocho reinos? Nada."

Otra transición. "¿El inframundo? Nada."

Otro. "¿El Reino de la Bruja? Nada."

—Ni siquiera los dioses con los que tengo contacto saben nada. —Tamborilear contra el sillón con los dedos, con los ojos llenos de frustración.

Vergil frunció el ceño. "¿Ni un solo rastro? ¿Una sola pista?"



Paimon se burló, echando la cabeza hacia atrás contra el reposacabezas de la silla. "¡Ni siquiera la maldita Afrodita!", gritó, apretándose las sienes.

Vergil arqueó una ceja. Ada ladeó ligeramente la cabeza, intrigada.

¡Me oíste bien! —Paimon lo señaló, con los dedos temblando de rabia—. ¡La Diosa del Sexo! ¡La que tiene contactos en cada rincón del mundo! ¡Si hay alguien capaz de encontrar a un hombre, esa es ella!

De repente se levantó, paseándose de un lado a otro. "¿Y adivina qué? ¡Ni siquiera ella lo sabe!" Paimon giró sobre sus talones, con los ojos encendidos por una mezcla de indignación e inquietud. "Esto es un problema, Vergil. Un problema enorme."

Vergil suspiró, reclinándose en el sofá de cuero oscuro. «Así que no solo se esconde. Ha sido borrado del concepto mismo de existencia...»

Ada finalmente habló, con voz firme y tranquila. «Eso significa que alguien lo está ocultando. Y quienquiera que sea tiene un poder que rivaliza incluso con el de los dioses».

El silencio reinó en la habitación por unos instantes.

Vergil cerró los ojos brevemente, absorto en sus pensamientos. Spectro y sus generales... no solo habían huido. Los habían borrado del mapa, como si nunca hubieran existido. No era una simple huida. Alguien los estaba ocultando. Y esa idea lo perturbaba más de lo que quería admitir.

Cuando volvió a abrir los ojos, una fría determinación brilló en ellos. Su mirada se fijó en Paimon.





—Dame una lista de todos los que puedan camuflar a ese cabrón. —Su voz era firme, sin margen de maniobra—. Lo encontraré, sin importar quién esté detrás de esto.

Paimon dejó escapar un profundo suspiro y puso los ojos en blanco. "¡Vamos! ¡Ya te lo dije, no hay nadie!" Levantó las manos, visiblemente frustrada.

Fue entonces cuando Ada, que había estado observando el intercambio en silencio, decidió intervenir.

—Nyx podría hacerlo. —Su voz era tranquila, pero llena de seguridad.

Vergil y Paimon inmediatamente giraron la cabeza para mirarla, sorprendidos.

"¿Qué?" Paimon frunció el ceño. "¿Estás diciendo que Nyx, la Primordial de la Noche, ¿podría estar involucrada en esto?"

Ada se encogió de hombros, como si explicara algo demasiado obvio. "No, dije que podía hacerlo. Pero aparte de eso, mi madre conoce a Nyx. Han intercambiado espadas en el pasado."

Vergil se cruzó de brazos y entrecerró los ojos. «Pensar que Raphaeline tenía tanta obsesión con las espadas como para negociar con un Primordial... Es una locura».

Ada soltó una risita. «Mi madre es amiga de Tsukuyomi. Y él fue quien le presentó a Nyx. Así que, en cierto modo... tiene esos contactos».





"¿Cómo conoce tu madre a Tsukuyomi?", preguntó Paimon, visiblemente intrigada. Después de todo... ¡ni siquiera conocía a Tsukuyomi! Y él era, como... un Arconte, un rango superior a un Rey Demonio.

Ada simplemente sonrió con suficiencia, disfrutando de sus reacciones. "A las mujeres les encantan los chismes, sobre todo cuando se trata de espadas antiguas. ¿Quién sabe cómo empezó esa amistad?"

Paimon se burló, cruzándose de brazos. "Eso no tiene ningún sentido..."

Vergil, por otro lado, se limitó a reírse entre dientes, negando con la cabeza. "Bueno, si Nyx puede esconder a alguien como Spectro, y Raphaeline tiene una forma de llegar a ella... Parece que acabamos de encontrar una nueva pista."

Paimon dejó escapar un profundo suspiro y se dejó caer de nuevo en su sillón. «Genial. Así que ahora, además de cazar a un maldito fantasma, tenemos que lidiar con una de las entidades más antiguas del universo. ¿Por qué no puedo vivir con sencillez?»



Vergil sonrió con suficiencia, adquiriendo un brillo depredador. "Entonces quizá sea hora de visitar a la Diosa de la Noche".

Ada suspiró y dejó caer ligeramente los hombros. Solo quería una cita... pensó, sintiendo el cansancio instalarse. Dos semanas de paz. Solo dos semanas... y su esposo ya estaba listo para volver a la acción.

¡TRIUNFANDO! ¡TRIUNFANDO!

El timbre insistente de un teléfono interrumpió el momento. Ada parpadeó, sacó el dispositivo del bolsillo y contestó sin mucha urgencia.





"¿Hm?" Se acercó el teléfono a la oreja, escuchando la voz del otro lado. "Sí, está conmigo".

Una breve pausa.

¿Quieres hablar con él? Bueno, claro, te lo paso... —Retiró el teléfono y se lo entregó a Vergil—. Katharina está al teléfono.

Vergil arqueó una ceja y tomó el teléfono. Era raro que Katharina lo llamara directamente, lo que inmediatamente le alarmó.

Se llevó el teléfono a la oreja. "¿Oye?"

La respuesta fue tan cortante como una espada.

—Escúchame con atención. —La voz de Katharina era seria, sin vacilación alguna—. Alexa... la atacaron esta noche. ¿Puedes venir? Hay algo que necesitas ver.

